

FRÁGILES SUTURAS.

CHILE A TREINTA AÑOS DEL GOBIERNO DE SALVADOR ALLENDE

Francisco Zapata compilador

El Colegio de México, México, 2006, 496 páginas

La obra colectiva, compilada por Francisco Zapata, que aquí se reseña constituye una significativa contribución al debate sobre la experiencia chilena durante el gobierno de Salvador Allende. Su relevancia radica en varias cuestiones. En primer lugar, su objeto de estudio es un particular intento de construir una sociedad socialista, diferente de otros casos por la estabilidad institucional previa; y por la apuesta por la legalidad como herramienta de cambio revolucionario. En segundo lugar, tanto la herencia del gobierno de la Unidad Popular (UP) como el impacto de la posterior dictadura, tuvieron como consecuencia una radical transformación económica, cultural e institucional de Chile.

En tercer lugar, la obra interviene en la “batalla por la memoria”, pues interpela a un discurso dominante en el cual se asumen muchos presupuestos básicos de la versión de quienes impusieron, terrorismo militar mediante, un modelo de sociedad fundado en el libre mercado y en la retracción de los individuos al exclusivo ámbito de lo privado.

En cuarto lugar, al incorporar textos escritos por protagonistas de la experiencia de la UP –como el prólogo de Joan Enrique Garcés y el testimonio del sindicalista Osvaldo Tello Gómez– la compilación constituye un saludable intento de combinar el análisis académico con el rescate de la palabra de actores que, de diferentes maneras, estuvieron involucrados en el proceso estudiado.

El punto de partida del libro es el análisis del contexto internacional –papel de Estados Unidos en el continente; evolución de la guerra fría; nuevos perfiles de la izquierda latinoamericana– que enmarcó la experiencia chilena. Peter Winn señala que la política estadounidense hacia Latinoamérica en la época de la guerra fría perseguía tres objetivos: preservar la hegemonía norteamericana; combatir al comunismo; y defender intereses de sus empresas. En ese contexto, el derrocamiento de Allende se convirtió en prioridad norteamericana. Entre las contribuciones del trabajo de Isabel Turrent destaca su tratamiento de la evolución de las relaciones entre Estados Unidos y la Unión Soviética como explicativa del escaso apoyo de países socialistas al gobierno de Allende en sus momentos críticos. La decisión soviética de no repetir la experiencia de sostén a Cuba y su política de “detente” entonces impulsada, se encuentran entre las

principales variables consideradas por Turrent. Horacio Crespo compara el proyecto de la UP con las tendencias entonces predominantes en la izquierda latinoamericana; y analiza los debates surgidos en torno a los caminos de tránsito hacia el socialismo. Entre otros aportes, Crespo muestra que la “vía chilena” fue “excéntrica” respecto a las principales corrientes izquierdistas del continente.

En la segunda parte se considera el papel de las fuerzas armadas durante el siglo XX, tanto a escala continental como en el caso chileno. Aunque promete un ejercicio de comparación con otros países latinoamericanos que luego no termina de realizar –pues se limita a tomar de cada caso aspectos que luego generaliza– Riccardo Forte propone sugerentes hipótesis que invitan al debate. Forte discute la preponderante interpretación sobre militares chilenos que en el mediano plazo se habrían caracterizado por la incondicional defensa de la legalidad, y sostiene que el predominio, entre las funciones ejercidas por las fuerzas armadas, de tareas orientadas a contribuir con el orden y el desarrollo interno influyó para que éstas se asumieran como actor autónomo, subordinando su compromiso con la legalidad al logro de sus objetivos de fortalecimiento corporativo. La desaparición de condiciones que permitían el maridaje entre respeto por el orden constitucional y consecución de objetivos sectoriales contribuye a entender la apuesta golpista de los militares en 1973.

Con similar finalidad; explicar el golpismo militar en Chile, Verónica Valdivia analiza la tensionada coexistencia, dentro de las fuerzas armadas desde la década de 1960, entre la tradición ibañista y la recepción de la Doctrina de la Seguridad Nacional. Sostiene Valdivia que, tras declinar su liderazgo personalista dentro del ejército, la época de Ibáñez marcó ideológicamente a los militares chilenos, convencidos tanto de su superioridad en la sociedad como de su papel en el impulso del desarrollo nacional. Sobre esa matriz previa irrumpió la Doctrina de la Seguridad Nacional, proceso facilitado por la utilización que del ejército hicieron los gobiernos civiles para reprimir protestas sociales. Producto de esas transformaciones, luego de 1973 la ideología militar predominante descansaba sobre el antiestatismo, sobre la asunción del marxismo como enemigo interno y sobre un modelo de organización social fundado en un exacerbado individualismo.

Con el objetivo de explicar la fractura sufrida en 1973, en la tercera parte los análisis se enfocan hacia el sistema político, tanto en lo relativo a su funcionamiento en el largo plazo como en lo referente a las transformaciones posteriores a 1960. Ricardo Yocelevzky concentra su mirada sobre dos aspectos fundamentales para entender el proceso chileno: la articulación entre partidos políticos y diferentes grupos sociales; y la reelaboración, por parte de las fuerzas políticas, de sus proyectos de desarrollo tras los primeros síntomas de agotamiento del modelo de industrialización por sustitución de importaciones. Yocelevzky sostiene que al expresar, en las elecciones presidenciales de 1970, los programas de todos

los candidatos las disyuntivas del desarrollo económico, la aplicación de cualquiera de esos programas "...iba a someter al sistema político a grandes tensiones".

Con similares objetivos que Yocelevzky, Luis Corvalán Márquez también analiza a los principales actores que intervinieron en el proceso. Entre quienes confluyeron en la apuesta golpista, Corvalán ubica a la derecha política, al empresariado y a los Estados Unidos, poniendo énfasis en el proceso que condujo al primero de estos actores desde el liberalismo al nacionalismo autoritario. Al considerar el papel de otros actores, Corvalán destaca la renuencia de la Democracia Cristiana a cumplir un papel de bisagra propio del centro político y las dificultades de la izquierda gobernante para acordar posiciones.

Jaime Osorio critica la generalizada opinión sobre el carácter representativo de diferentes intereses sociales ejercido por el sistema político chileno. Su argumentación se funda en que, desde su punto de vista, la mayoría del proletariado "...no contaba con representación sindical y se representaba políticamente de forma inestable...". Aunque no desarrolla la temática, Osorio también sostiene que "...el sistema electoral chileno permitía una sobrerrepresentación (sic) de la oligarquía agraria..." y que la pequeña burguesía había alcanzado un peso superlativo "...al constituirse en la clase política por excelencia...". Según Osorio, los precarios equilibrios derivados de esa situación fueron disturbados tras la emergencia, luego de 1960, de nuevos actores, entre quienes destacaban una nueva burguesía rival de los terratenientes; una nueva clase obrera más fácilmente sindicalizable; un campesinado crecientemente autónomo, etc. La combinación entre problemas económicos y conflictos sociales condujo al agotamiento del sistema político, mientras que las necesidades de acumulación de la burguesía la llevaron, con el fin de conseguir la desorganización y desmovilización de las fuerzas populares, a renegar de cualquier compromiso previo con la democracia.

La cuarta parte de la compilación aborda el debate sobre la vía chilena al socialismo. Ello incluye el tratamiento del problema del estado y la consideración de las reformas económicas promovidas por la UP. Según José Valenzuela Feijoo, si se considera que los objetivos del gobierno de Allende eran transformar la estructura de la propiedad y la distribución del ingreso, fortalecer la independencia chilena en el sistema económico internacional y potenciar el papel del estado en ese proceso, dos problemas fundamentales a resolver eran el de la acumulación y el crecimiento en procesos de transición y el de la productividad ante dificultades de inversión y relajamiento de la disciplina laboral que tales desarrollos generaban. Valenzuela sostiene, contra la versión de los vencedores y de muchos vencidos que, según el autor, reconocen a la burguesía "derecho a veto", que los errores de la UP no radicaron en sus iniciativas sino, en un momento en que la estrategia de sus adversarios sólo podía ser contrarrestada si se actuaba con rapidez, en sus omisiones.

José Bengoa analiza la reforma agraria, iniciada en la década de 1960 y profundizada por Allende. Según Bengoa, se trata del proceso más importante del siglo XX en tanto significó el fin del latifundio y de la servidumbre rural, bases del Chile anterior; y la liberación de los mercados de tierras y mano de obra. Bengoa sostiene que, aunque consecuencia de la reforma, los procesos no siguieron los derroteros esperados pues, luego de que la contrarreforma posterior a 1973 no retrocediera en el camino recorrido, el resultado fue la sustitución de la antigua clase terrateniente por una burguesía agraria, el surgimiento de un subproletariado rural, y la instauración de un modelo productivo fundado en las exportaciones agrícolas.

En la quinta parte se aborda el papel de trabajadores y estudiantes. Jorge Rojas Flores revisa la historiografía sobre los trabajadores durante el gobierno de Allende. En ese cometido, señala relevantes cuestiones como la necesidad de prestar atención a las tensiones que atravesaron el compromiso entre la Central Única de Trabajadores y el gobierno de la UP; y la pertinencia de la distinción entre diferentes categorías para analizar la acción de los trabajadores, lo cual permite superar las limitaciones de la contraposición entre “clase en sí” y “clase para sí”. También rescata las advertencias que ponen en entredicho, recogiendo aportes funcionalistas, la consideración del papel líder de los trabajadores en el proceso analizado. Rojas reconoce, asimismo, la utilidad de orientar la mirada hacia aspectos culturales que, entre otros temas, contribuyen a explicar algunos antagonismos surgidos entre diferentes segmentos de trabajadores entre 1970 y 1973; o bien hacia los “estados de ánimo” que ilustran sobre los mecanismos conducentes a las sensaciones del deber de actuar o de la posterior frustración por haber actuado. Pero Rojas también convoca, ante el “exceso de subjetivismo” del que, según su opinión, adolecen muchos estudios actuales, a no ignorar las condiciones materiales como el desabastecimiento, la expansión de la demanda, los cambios en las pautas de consumo, la evolución de los salarios y del poder adquisitivo, y las transformaciones demográficas, pues tales asuntos revisiten especial significación para el estudio del papel de los sindicatos, la legitimidad del gobierno, etc.

Combinando análisis de largo y corto plazo, Fabio Moraga considera, desde el instrumental conceptual proporcionado por la historia intelectual, el papel de los estudiantes chilenos. Traza un panorama sobre la génesis y desenvolvimiento de diversos grupos universitarios y discute las opiniones que tendían –y tienden– a identificar jóvenes con revolucionarios. Sin negar la considerable adhesión juvenil a la izquierda, Moraga concluye que también actuó otra juventud en los sectores que promovieron y apoyaron el golpe de estado en 1973.

En la sexta parte, los autores discuten sobre la cuestión de la memoria. Lessie Jo Frazier critica los discursos de actores que, luego de 1990, han buscado la reparación de las víctimas del terrorismo de estado pues, según Frazier, tienden

a reproducir el discurso de la dictadura. Proponiendo la perspectiva de género como una manera de superar esas limitaciones, Frazier otorga relevancia al estudio de los microdespotismos y a la relación entre el autoritarismo militar y el tradicional autoritarismo de la sociedad chilena. Asimismo, cuestiona el uso de los conceptos de “curación” y “reconciliación” pues, aduce, reproducen el discurso del “cuerpo enfermo” con que se pretendió legitimar la represión.

Según María Angélica Illanes, el “combate por la memoria” se dirime en la lucha por ubicar el lugar de la batalla. Illanes aboga, tras el triunfo de un modelo que valora el individualismo del mercado e invita a la reclusión en el espacio privado, por la recuperación de la memoria del “Chile como sujeto” y del Chile de la época del máximo goce de derechos sociales. Mientras, Juan Pablo Cárdenas analiza el papel fundamental cumplido por el periodismo opositor en la resistencia a la dictadura luego de 1980. Posteriormente, reseña acciones emprendidas, en la década de 1990, por los gobiernos de la Concertación con el fin, según el autor, de eliminar aquella prensa. Cárdenas concluye que la consecuencia de esa estrategia fue el fortalecimiento de los medios de comunicación conservadores. Según el autor, aunque fueron los gobiernos de la Concertación los responsables de ese fortalecimiento, ello contribuyó considerablemente al posterior crecimiento electoral de la derecha.

En resumidas cuentas, esta empresa colectiva proporciona un imprescindible instrumento de trabajo para el análisis del Chile de Allende, pues sus autores ofrecen, mediante un riguroso trabajo documental y el rescate de un rico arsenal teórico conceptual, originales interpretaciones sobre relevantes temáticas, muchas de ellas insuficientemente estudiadas hasta ahora.

Javier Moyano